

El premio

Marta Salinas

Traducción de Ruth Barraza y Aída Walqui-van Lier

Primera parte

La escuelita a la cual asistí en Texas tenía una tradición: al finalizar el octavo grado se premiaba al alumno que hubiera recibido las calificaciones más altas con una hermosa chamarra de color verde y dorado, que eran los colores de la escuela. La letra S en dorado lucía al frente en el lado izquierdo y el nombre del ganador, también en dorado, estaba bordado sobre el bolsillo. Hacía algunos años, mi hermana mayor Rosie, había ganado la chamarra. Yo, que entonces cursaba el octavo grado, esperaba ganarla este año. Desde primer grado había sacado las más altas calificaciones de mi clase, y este último año soñaba con ponerme la chamarra. Mi padre era un trabajador del campo que no ganaba suficiente para alimentar a sus ocho hijos, así que, cuando cumplí los seis años, nos enviaron a mí y a mi hermana a casa de mis abuelos para que ellos nos criaran. Nosotras no podíamos participar en los deportes de la escuela porque había que pagar cuotas de matrícula, uniformes y viajes fuera del pueblo; así que, a pesar de que éramos bastante ágiles y atléticas, nunca hubiéramos podido soñar con ganar una chamarra de deportes. Ésta, la chamarra de aprovechamiento, era nuestra única oportunidad.

Cerca de la graduación, en mayo, nos invadió la fiebre primaveral y ya nadie prestó atención a clase; en lugar de eso contemplábamos a través de las ventanas, y nos observábamos los unos a los otros, queriendo acelerar las últimas semanas de clases. Yo me desesperaba

cada vez que me miraba en el espejo. Era muy flaca, sin ninguna curva; me llamaban «palillo» y «habichuela», y yo reconocía que así era como se me veía. Tenía el pecho completamente chato, no tenía caderas; todo lo que tenía era buenos sesos. Eso no es mucho para una chica de catorce años, pensaba, mientras distraídamente iba de mi clase de historia al gimnasio. Se acercaba una hora más de sudar en la clase de baloncesto y de mostrar mis piernas de palillos. Fue entonces cuando recordé que mi uniforme de educación física todavía estaba en una bolsa debajo de mi escritorio donde lo había olvidado. Tenía que regresar hasta la clase para recogerlo. La entrenadora Thompson gruñía como una osa si alguien no estaba uniformado para la clase. Había dicho que yo era una buena delantera, y hasta había tratado de convencer a mi abuela para que me dejara jugar en el equipo. Ella, consciente del costo, contestó que no.

Casi había llegado a la puerta del salón, cuando escuché unas voces que discutían furiosamente. Me detuve ya que no quería ser indiscreta; titubeé sin saber qué hacer. Necesitaba el uniforme y me estaba atrasando, pero no quería interrumpir una discusión entre mis maestros. Reconocí las voces: la del señor Schmidt, mi maestro de historia, y la del señor Boone, mi maestro de matemáticas. Parecían discutir acerca de mí. No lo podía creer. Todavía recuerdo la impresión que me causó. Me apreté contra la pared, como tratando de confundirme con el grafiti que estaba escrito allí.

—Me niego a hacerlo. No me importa quién sea su padre. Sus notas ni se acercan a las de Martha. No mentiré ni falsificaré ningún certificado. Martha tiene un promedio de A más, y tú lo sabes muy bien.

Era la voz del señor Schmidt que sonaba muy fastidiada. La voz del señor Boone se sentía suave y tranquila.

—Mira, el papá de Joann no sólo es miembro de la Junta Directiva,

sino que también es el dueño de la única tienda en el pueblo. Podemos decir que hubo un empate y...

Mis oídos retumbaban ahogando el resto de las palabras; aquí y allá una palabra se filtraba a través del ruido: «...Martha es mexicana... renuncia... no lo haré». El señor Schmidt salió a toda prisa y, para mi suerte, fue en dirección contraria hacia el auditorio y no me vio. Temblando esperé unos minutos; luego entré, agarré mi bolsa y huí del salón. El señor Boone levantó la cabeza cuando entré, pero no dijo nada. Hasta hoy día no recuerdo si tuve problemas en educación física por llegar tarde, o cómo pasé el resto de esa tarde. Llegué a casa muy triste y lloré sobre la almohada esa noche para que mi abuelita no me pudiera escuchar. Parecía una coincidencia que yo hubiera escuchado esa conversación.

Cuando al día siguiente el director me llamó a su oficina, yo ya sabía por qué lo hacía. Se veía incómodo y apesadumbrado. Yo decidí que no le iba a facilitar las cosas y lo miré directamente a los ojos. Él me retiró la mirada jugando nerviosamente con los papeles en el escritorio.

—Martha —dijo—, este año ha habido un cambio en las reglas respecto al premio de la chamarra. Como bien sabes, siempre ha sido gratis —se aclaró la garganta y continuó—; este año la Junta Directiva ha decidido cobrar quince dólares, lo que por supuesto, no cubre el costo total de la chamarra.

Lo miré incrédula y de mi garganta salió un suspiro de desencanto. Esto no era lo que esperaba. Todavía continuaba sin mirarme directamente.

—Entonces, si no puedes pagar los quince dólares por la chamarra, se la daremos al siguiente alumno.

Con toda la dignidad que pude mostrar contesté:

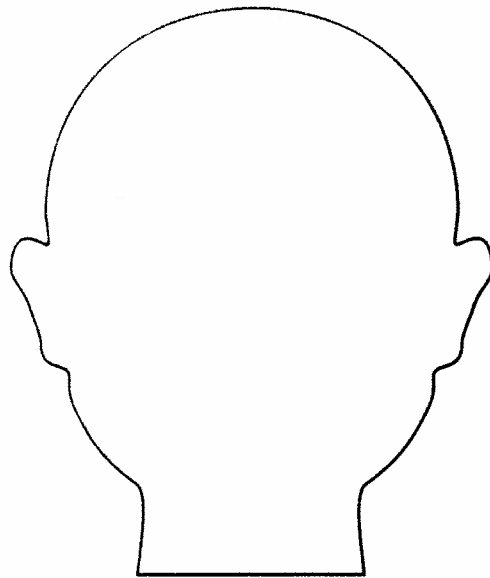
—Hablaré con mi abuelo y mañana le contestaré.

Ampliamos nuestra comprensión

5

Trabajo de equipo: hacer predicciones. En grupos de cuatro discutan y elaboren una lista de las posibles reacciones de Martha. Compartan con el grupo cómo hubieran reaccionado ustedes y den sus razones.

Diagrama «mente abierta». Tu maestro(a) te entregará un diagrama «mente abierta» como el que aparece aquí a continuación. Dentro del diagrama representa los sentimientos e ideas de Martha. Puedes hacer esto por medio de dibujos, símbolos o palabras y frases sacados de la historia.



Composición. Este cuento está narrado en primera persona, desde el punto de vista de Martha. Ponte en su lugar y escribe un final para el cuento.

Cuatro en turno. Comparte con tus compañeros de equipo el final del cuento que escribiste.

Lectura en grupos. Terminen de leer el cuento en sus grupos. Deben alternarse para la lectura y hacer «buenas» preguntas practicando la estrategia de la enseñanza recíproca que aprendieron en la primera unidad.

Segunda parte

Después que el camión me dejó en el paradero, lloré todo el camino a casa. El camino de tierra se extendía por un cuarto de milla desde la carretera, de manera tal que cuando llegué a casa mis ojos estaban rojos e hinchados.

—¿Dónde está el abuelo? —le pregunté a mi abuelita mirando al suelo para que no me preguntara por qué había estado llorando. Ella estaba cosiendo una colcha y no levantó la vista.

—Creo que está ahí atrás trabajando en el campo de frijoles.

Salí y miré las siembras. Ahí estaba. Lo podía ver caminando entre los surcos, su cuerpo doblado sobre las plantitas, azadón en mano. Lentamente me le acerqué, tratando de pensar cuál sería la mejor manera de pedirle el dinero. Una brisa fría soplaba y un dulce olor de mezquite flotaba en el aire, pero a mí no me importaba. Pateé un terrón de tierra. ¡Deseaba tanto la chaqueta! Para mí significaba mucho más que ser «valedictorian» y decir un discurso de agradecimiento la noche de la graduación. Representaba ocho años de arduo trabajo y expectativas. Yo sabía que tenía que ser honesta con mi abuelo. Era mi única oportunidad. Él me vio y levantó la vista. Esperó a que yo hablara. Me aclaré la garganta nerviosamente y puse mis manos atrás para que no viera cómo temblaba.

—Abuelo, tengo que pedirte un gran favor —le dije en español, el único idioma que él conocía. Él aún esperaba silenciosamente. Empecé de nuevo:

—Abuelo, este año, dice el director, que el premio de la chamarra, no va a ser gratis. Va a costar quince dólares. Y tengo que llevar el dinero mañana o se lo darán a otro estudiante. Las últimas palabras salieron de



mi boca con súbita rapidez. Mi abuelo se enderezó cansado y recostó su barbilla en el mango del azadón. Miró hacia el campo que estaba lleno de pequeñas plantas verdes de frijoles. Yo esperaba ansiosa que dijera que me podía dar el dinero.

Volteó hacia mí y me preguntó quedamente:

—¿Qué significa una chamarra de premio?

Le contesté rápidamente. Quizás todavía había una oportunidad.

—Significa que te la has ganado por tener las notas más altas durante ocho años y por eso es que te la dan.

Muy tarde me di cuenta del significado de mis palabras. El abuelo se dio cuenta que yo entendía que no era cuestión de dinero. No era eso. Regresó a escarbar las hierbas malas que crecían entre las delicadas plantitas de frijoles. Era trabajo muy agotador. A veces los pequeños tallos estaban tan juntos... Finalmente habló de nuevo:

—Entonces, Marta, si tú pagas por la chamarra no es un premio, ¿verdad? Dile a tu director que no pagaré los quince dólares.

Regresé a la casa y me encerré en el baño por un buen tiempo. Estaba molesta con mi abuelo, aunque sabía que él tenía razón, y estaba furiosa con la Junta Directiva, fueran quienes fueran. ¿Por qué tenían que cambiar las reglas justamente cuando a mí me tocaba ganar la chamarra?

La niña que se presentó en la oficina del director al día siguiente era una muchacha muy triste y desanimada. Esta vez él sí me miró a los ojos.

—¿Qué te dijo tu abuelo?

Me senté muy derecha en la silla.

—Me pidió que le dijera que no pagaré los quince dólares.

El director murmuró algo que no pude entender y caminó hacia la

ventana. Se paró a contemplar algo afuera. Parecía más grueso que de costumbre cuando se levantó; era un hombre alto y enjuto, de cabellos grises, y yo observé su nuca mientras esperaba que hablara.

—¿Por qué? —preguntó finalmente—. Tu abuelo tiene el dinero. ¿No es dueño de una pequeña finca de frijoles?

Lo miré esforzándome para que mis ojos se mantuvieran secos.

—Dijo que si tenía que pagar por ella, entonces la chamarra no sería un premio —le dije, y me levanté para irme.

—Me imagino que tendrá que dársela a Joann—. No había pensado decirle eso; se me escapó. Casi estaba en la puerta cuando me llamó.

—Martha, espera.

Volteé y lo miré esperando. ¿Qué quería ahora? Escuchaba mi corazón palpitando fuertemente. Algo amargo y de sabor desagradable estaba subiendo hacia mi boca. Tenía miedo de enfermarme. No necesitaba ningún discurso de consuelo. Él suspiró ruidosamente y regresó a su gran escritorio. Me miró mordiéndose el labio como cavilando.

—Bueno, ¡maldición! Haremos una excepción en tu caso. Le diré a la Junta Directiva que tú recibirás la chamarra.

Apenas lo podía creer. Hablé rápida y nerviosamente:

—Muchas gracias, señor director. De pronto me sentí magníficamente bien. En esa época no sabía lo que era la adrenalina, pero sí sabía que algo estaba corriendo dentro de mí y que me hacía sentir tan alta como el cielo. Quería gritar, saltar, correr la milla, hacer algo. Salí corriendo para poder llorar en el pasadizo donde nadie me viera. Al finalizar el día, el señor Schmidt me guiñó el ojo y dijo:

—Me he enterado de que tú vas a sacarte la chamarra de premio este año.

Su cara se veía tan feliz e inocente como la de un bebé, pero yo estaba

consciente de la situación. Sin contestarle lo abracé y corrí al camión. Lloré nuevamente en el camino a casa, pero esta vez de felicidad. Estaba ansiosa de contárselo al abuelo y corrí directamente al campo. Me acerqué al surco donde él estaba trabajando, y sin decirle nada, me agaché y empecé a sacar las hierbas con mis manos. Mi abuelo trabajó junto conmigo por unos minutos, pero no me preguntó qué había pasado. Luego que hubé acumulado un pequeño montón de malezas entre los surcos, me paré y lo miré

—El director dice que va a hacer una excepción conmigo y que, después de todo, recibiré la chamarra. Eso fue después de que le conté lo que dijiste.

Mi abuelo no dijo nada, me dio una palmadita en el hombro y sonrió. Sacó el arrugado pañuelo rojo que siempre llevaba en su bolsillo trasero y se secó el sudor de la frente.

—Mejor anda a ver si tu abuela necesita ayuda con la comida.

Le respondí con una amplia sonrisa. A mí no me engañaba. Regresé a casa entre saltos y carreras, silbando una melodía cualquiera.



